

Eco, Umberto y otros, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995 (con prólogo de Stefan Collini)

por: Carlos Emilio Gende
U.N.Co.

La obra que aquí comentamos recoge los textos revisados correspondientes a las conferencias Tanner pronunciadas en 1990 por Umberto Eco, las intervenciones de los participantes en el debate: Richard Rorty, Jonathan Culler y Christine Brooke-Rose y, finalmente, la réplica de Eco a los comentarios.

El título del libro alude a una distinción trazada por Eco con la cual pretende tomar distancia de lo que considera excesos de interpretación por parte del deconstruccionismo. Cabe recordar que fue Eco uno de los teóricos que en las décadas de los '60 y '70 hicieron importantes contribuciones para reconocer el papel del lector en el proceso de producción del sentido -*Obra abierta* es un buen ejemplo-; por lo cual es interesante atender ahora a su rechazo a quedar enrolado en lo que podría caracterizarse como prácticas de la deriva infinita, ya que podría sospecharse un viraje decisivo en sus afirmaciones. Sin embargo, lo que muchos ven como una nueva posición «conservadora» frente a una anterior defensa «revolucionaria» de la interpretación abierta en la obra de Eco, significa para el autor simplemente tener en cuenta el inestable equilibrio entre iniciativa del intérprete y fidelidad a la obra; por lo cual frente a lo que aparecen como excesos en pro del papel del intérprete surge la necesidad de afirmar la ineliminabilidad de la oscilación.

En su primer conferencia, «Interpretación e historia», Eco recorre algunas etapas en el pensamiento occidental de los significados secretos, es decir, aquellas interpretaciones de raíz esotérica que se reservan a los iniciados y que estarían a la base de las nuevas corrientes de interpretación contemporáneas, las cuales se caracterizarían por sospechar que detrás de todo sentido literal hay un significado oculto.

En «La sobreinterpretación de textos», su segunda conferencia, Eco postula que la imposibilidad de poder afirmar cuál interpretación es la correcta no nos impide saber cuáles son incorrectas. Ejemplifica este criterio con una minuciosa descripción de la lectura esotérica sobre la obra de Dante y con la revisión de un caso contemporáneo, la lectura de Geoffrey Hartman de un poema de Wordsworth. Aplica para ello la noción de «*intentio operis*», que actúa como restricción sobre el libre juego de la «*intentio lectoris*» sin apelar por eso a la ya superada «*intentio auctoris*». Según Eco, el objetivo del texto es producir su lector modelo, el lector que lo lee bajo la modalidad en que en cierto sentido se creó el texto para ser leído; lo cual incluye, por supuesto, la posibilidad de tratar con él de modo tal que produzca múltiples interpretaciones.

La tercer conferencia, «Entre el autor y el texto», se ocupa de revisar el supuesto privilegio del autor empírico sobre la interpretación de su obra. Eco sostiene que si bien la intención pretextual del autor, es decir, los motivos que puedan haberlo llevado a escribir una

determinada obra, puede resultar irrelevante o incluso equívoca como guía para hallar el sentido de un texto -posición que comparte con la Nueva Crítica- habría un cierto derecho para el autor empírico de constituirse en lector modelo y así descartar interpretaciones incorrectas. Ilustra esta posición con ejemplos reveladores del autor empírico de *El nombre de la rosa*.

Los comentarios de los tres participantes en el debate que siguen a la exposición constituyen una auténtica apertura al diálogo, pues desde distintas concepciones y preocupaciones intelectuales logran oponer argumentos considerables a los intentos de Eco por fijar límites a la interpretación; es decir, no aparecen como disertaciones independientes unas de las otras sino que presentan objeciones internas a las conferencias del autor.

En «El progreso del pragmatista», Richard Rorty, conocido por su propuesta de abandonar la aspiración fundacionalista de la tradición epistemológica occidental, presenta su desacuerdo con la distinción de Eco entre interpretación y uso de un texto. Esta distinción supondría algo así como una naturaleza del texto que la interpretación viene a iluminar. Rorty, en cambio, nos invita a olvidar la idea de descubrir cómo es realmente un texto y dedicarnos a pensar, en cambio, en las diversas descripciones que en función de nuestros propósitos nos resulta útil darle. De lo afirmado por Rorty no se desprende, sin embargo, que esté dispuesto a aceptar que todos los propósitos y todos los textos sean iguales, dado que valora a aquellos textos que nos ayudan a cambiar nuestros propósitos y, así, a cambiar la propia vida. Su intervención culmina con la presentación de una forma de crítica que no sólo procesa lo que lee a través de un marco conceptual preestablecido, sino que es más bien el resultado de un encuentro -con un autor, un personaje, una trama, etc.- que ha tenido importancia para la propia concepción del crítico respecto a quién es, para qué sirve y qué quiere hacer consigo mismo. Cabe preguntarse hasta qué punto algo que ha sido presentado por Rorty bajo la modalidad de lo que sirve a nuestros propósitos puede a la vez ser útil en ocasiones para resistirse a los mismos, si es que esperamos de la literatura, también con Rorty, un resultado mejorador de nuestro modo de ser, pues esto supone, en ocasiones, una suerte de oposición a nuestro modo actual de pensar o proceder.

Jonathan Culler presenta bajo el provocativo título «En defensa de la sobreinterpretación» sus desacuerdos con Eco y también con Rorty. Conocido en nuestro medio por su ya clásico *Sobre la deconstrucción*, Culler ofrece una mirada favorable a aquella actitud estigmatizada por Eco como excesiva, pues considera que si bien un texto puede en principio predisponer el abanico de preguntas posibles, siempre cabe la posibilidad de plantearle cuestiones interesantes sobre lo que no dice. Así, no es posible limitar de antemano el horizonte de lo que pueda resultarnos interesante, a menos que empobrezcamos nuestras expectativas frente a un texto y que restrinjamos demasiado la finalidad que puedan perseguir los estudios teóricos sobre los mismos. Por otra parte, Culler observa con perspicacia que los ejemplos aportados por Eco deberían ser considerados más bien como de subinterpretación antes que sobreinterpretación, además de revelar un llamativo gusto por parte de Eco respecto de aquellas tradiciones herméticas que se propone criticar. El problema serio consiste en la identificación que surge de la crítica de Eco entre semiosis ilimitada y arbitrariedad de las interpretaciones. Culler sostiene que si bien el sentido está limitado por el contexto, es necesario especificar por adelantado lo que puede considerarse como contexto provechoso pues el contexto, en sí mismo, es ilimitado. Tampoco le satisface a Culler la recomendación de Rorty en el sentido de olvidarse de la indagación por los mecanismos generativos de un texto y dedicarse mejor a usarlos, pues la reflexión teórica sobre cómo funcionan constituye una de las fuentes que provoca a nuevas preguntas. Culler rechaza de plano cualquier intento por clausurar el tipo de cuestiones que surgen de un auténtico estado de asombro por el libre juego de las interpretaciones, pues de él depende la posibilidad de

estimular nuevos descubrimientos sobre los textos.

La presentación de Christine Brooke-Rose se aparta bastante de estas controversias teóricas pues su objetivo consiste en revisar las características del género narrativo al que pertenecerían las novelas de Eco y que ella denomina «Historia palimpsesto» -término éste último utilizado por Genette para referirse al fenómeno de la intertextualidad-. Comienza con una clasificación de algunos de los modos que la narrativa moderna ha intentado utilizar para dar cuenta de la historia, mediante la transposición de modalidades temporales y espaciales que crean versiones alternativas al pasado colectivo de las comunidades que así se narran. Sus observaciones apuntan a comentar la obra de Salman Rushdie, pero con la finalidad de mostrar que el estilo narrativo conocido como «realismo mágico» y que ella rebautiza «historia-palimpsesto» es el más adecuado en nuestra era de la imagen para hacer cosas que sólo la novela puede hacer.

El ya de por sí atractivo formato dialogal que presenta el texto con las intervenciones mencionadas, se enriquece con las réplicas de Eco a las mismas. Eco argumenta que las propiedades del texto ponen límites al abanico de interpretaciones posibles. No sostiene con esto que haya criterios formales según los cuales se puedan establecer límites desde un punto de vista teórico -tarea respecto de la cual muestra sus dificultades con más detalles en *Los límites de la interpretación*, obra editada en el mismo año de las conferencias Tanner- sino más bien propone un criterio de «supervivencia» para las interpretaciones. Apelando a un cierto darwinismo cultural sostiene que algunas lecturas sobreviven a otras en tanto demuestran con el tiempo ser satisfactorias para la comunidad relevante. A la vez, dado que los miembros de las comunidades buscan en la práctica cierto tipo de unidad de creencia respecto a las diversas obras de un mismo autor, es posible constituir a partir de ella una cierta autoridad sobre el sentido de las mismas.

El libro se cierra con la réplica de Eco, lo cual no deja de producir cierta insatisfacción ante la expectativa de saber qué nuevas respuestas hubiese obtenido de lo que a mi juicio se resuelve en un reduccionismo de la interpretación a sus estratos fisiológicos. «Sé que nuestra certeza de que la aspirina cura el resfriado es más fuerte que nuestra certeza de que Proust pretendía algo diferente de Nerval» (pág. 162), pero se trata sólo de una cuestión de grados. Eco reconoce que una objeción sería respecto a la clase de garantía que puede ofrecer el consenso de la comunidad queda restringida al control sobre la interpretación de los estímulos. Sin embargo sostiene que sólo se reduce a una cuestión de grados respecto a los textos literarios. Es así que su criterio de interpretación está basado en la experiencia de determinada comunidad histórica que hace acopio de los resultados satisfactorios que le han permitido sobrevivir. Sin discutir ahora el reduccionismo que resulta de postular una mera diferencia de grados entre nuestra certeza de que la aspirina cura resfriados y la de que dos autores son diferentes en sus temas, creo que vale la pena esbozar una distinción entre el postulado de una comunidad de interpretantes que puede leer en la historia sus momentos poco felices y así descartarlos, del postulado de esa misma comunidad aplicándolo para las interpretaciones actuales. Por cierto que no es difícil observar determinados acontecimientos del pasado con cierta mirada progresista y advertir así que Leonardo era tan solo un genio utópico cuando proponía saltar de lo alto de una colina con alas, según el ejemplo de Eco (cf. pág. 157), pero seguramente aparecerían dificultades tal vez insuperables si quisiéramos dar cuenta con esa misma mirada del significado último que nos puede proporcionar la recepción de «La última cena».